

REDACCIÓN Y ESTILO

Un simple error o transposición de una letra hiere la vista como una nota falsa en un concierto hiere el oído.

Fermín Didot (gran tipógrafo francés)

REDACCIÓN Y ESTILO---- Hasta 1997 Gutenberg reinó. Linotipos vetustos y otros no tantos, pero todos carentes de piezas de repuesto, cajas empasteladas con letras de diferentes puntajes -el terror de las correctoras- y la tinta, que cambiaba el diseño a la mejor prenda de vestir se adueñaban del área señora de las erratas.

Duro fueron los días en que una edición se unía a la otra y una correctora permanecía 24 horas en la plaza, pues ponía pie en polvorosa, luego de una jornada de 18 ó 20.

La lectura y relectura de galeras y planas, errores detectados en una fase del proceso que se unían a los de nueva aparición, a lo que se sumaba la inexperiencia de muchos, hacían el trabajo interminable.

Sin embargo, con el paso del tiempo se logró la estabilización del personal y el equipo actual está integrado por compañeras con más de dos décadas en el órgano.

Con la nueva tecnología, quedaron atrás los tiempos de linotipos, galeras, grabados y tinta, mas la labor de corrección mantiene su importancia y vigencia. Esta incluye la revisión de originales, conocida como de estilo, con la cual se pretende eliminar errores que van desde faltas de ortografía, problemas de concordancia, uso incorrecto de tiempos y modos verbales, repeticiones que empobrecen el lenguaje, hasta yerros en el contenido.

Otra tarea de las correctoras de INVASOR abarca la lectura de planas, que dará el toque final a la página y, en la cual, debe tenerse en cuenta que cada elemento ocupe en ella el lugar que le corresponde, y verificar pies de foto, fecha, número de página, etcétera.

Aunque el uso de la computadora presenta también desafíos y en esta etapa aún pagamos ciertas novatadas, pues la falta de máquinas no permite un acceso pleno a ellas y, por lo tanto, las correctoras todavía no pueden explotar todas las posibilidades que estas ofrecen, es innegable que facilitan y viabilizan esta función; con ella han disminuido considerablemente las veces de lectura y elevado esta labor a la categoría de profesión a los ojos de algunos que lo consideraban oficio menor dentro del periodismo, al comprobar que ni el ordenador más preciso puede sustituir los conocimientos de un personal experimentado y bien preparado, como pensaron no pocos con la llegada de las computadoras.

Pero el Consejo de Dirección y los periodistas de nuestro semanario siempre apostaron por las "Muchachitas de Corrección", lo que nos ha permitido señalar y enmendar, con nuestros modestos conocimientos, los errores de nuestros compañeros. Entre los más frecuentes están:

Mal uso de los signos de puntuación, conjunciones y gerundios.

Abuso de: le-lo-que-se.

Errores de concordancia.

Uso de vocablos del lenguaje familiar incomprensibles para la mayoría de los lectores.

Ejemplo: copoyito por copa del árbol o copito.

Empleo de así como en lugar de la conjunción copulativa Y.

Repeticiones innecesarias. Abuso de los adverbios terminados en mente.

Exceso de adjetivos.

Párrafos oscuros que dificultan la comprensión.

Diferentes tiempos verbales dentro de un mismo párrafo. Ejemplo: Uso del presente histórico junto al pasado.

Utilización de términos de algunos sectores que nada dicen al lector medio.

Indiscriminado uso de artículos a principios de párrafos.

VICIOS DEL LENGUAJE EN LA REDACCIÓN PERIODÍSTICA

Autor: Juan Morales Agüero

Medio: Las Tunas, Cuba.

REDACCIÓN Y ESTILO---- La redacción periodística escrita suele ser muy a menudo un auténtico ejercicio de tormento profesional. “*¡Mi reino por un caballo!*”, dicen que exclamó, desesperado, el rey inglés Ricardo III en un célebre drama de Shakespeare, cuando estaba a punto de morir a manos de las tropas de Enrique IV. “*¡Mi vida por un primer párrafo!*”, exclamamos, angustiados, los cronistas de la cotidianidad cuando el intelecto se resiste a tomar la arrancada frente los apremios de una cuartilla en blanco.

En efecto, tributar para un periódico es para nosotros los profesionales de la prensa como cruzar aceros con la exigencia técnica y con la rigurosidad editorial. Se trata de que la *prosa de prisa*, como agudamente llamó al periodismo ese gran periodista que fue Nicolás Guillén, no está solo concebida para llegar de una manera directa, sencilla, sucinta y completa a sus lectores potenciales, sino también –y eso no es menos importante- con un nivel decoroso de factura estilística. Redactar es más que poner una palabra detrás de la otra: es escribir con apego a las normas del idioma y enunciar con claridad, elegancia y concisión lo que se pretende decir.

Son numerosos y heterogéneos los “virus” que contaminan hoy al discurso periodístico escrito a todos los niveles. Entre ellos, tal vez uno de los más nocivos sea el llamado *lugar común*, locución acuñada por Aristóteles en la época de oro de la oratoria griega y suerte de plaga léxica conocida también por las denominaciones de *frase hecha*, *cliché idiomático* y *estereotipo semántico*. Por estos giros debemos entender el uso indiscriminado de argumentos, análisis y juicios que, aunque fueron inicialmente precisos y justos para definir fenómenos y situaciones determinadas, gastaron toda su capacidad de sugerencia de tanto repetirse y repetirse. Ninguna es capaz de ofrecer ya una visión objetiva sobre un tema. Como funcionan en cualquier contexto, tampoco ayudan a comprender bien aquello de lo que se habla, pues su simpleza aburre al lector culto y confunde al lector ocioso.

Comenzaré con un ejemplo bastante frecuente en nuestra prensa escrita: *masivo acto*. ¿Dice realmente *algo* tan simplista y ambigua manera de describir una reunión de cierta cantidad de personas? ¿Logra alguien hacerse una idea más o menos exacta de si fueron cien o mil los individuos participantes? Definitivamente, no. ¿Y saben por qué? Pues porque nos hemos acostumbrado a emplear la frase con análogos propósitos tanto cuando cubrimos una graduación estudiantil de secundaria como cuando reseñamos una Tribuna Abierta de la Revolución.

Otro caso notorio es el de *merecidas vacaciones*. Decimos: *Fulano de Tal no pudo estar presente en la actividad porque se encuentra disfrutando de unas merecidas vacaciones*. El lector avezado se pregunta al vuelo, suspicaz: “¿le consta al periodista que esas vacaciones son realmente merecidas? ¿Por qué las califica con esa seguridad absoluta? ¿No sería más sensato para él limitarse a decir que la persona en cuestión está, sencillamente, de vacaciones... y punto?”

Podría citar un rosario de ejemplos de parecido corte. Todos, sin excepción, padecen el mal de la pobreza léxica y del acomodamiento estilístico. Miren: personalmente, he dejado de tener en cuenta al entrevistado que ciertos colegas pretenden vender en titulares como... *un digno ejemplo*. Sí, asumo el riesgo de que tal vez esa persona lo sea. Pero, ¿acaso no se le adjudican esos mismos epítetos a cuanto interlocutor más o menos destacado aparece en las páginas de nuestras publicaciones? ¿Por qué abusar de un enunciado cuyo empleo debe reservarse solo para casos excepcionales? Quien se limite a cumplir con sus deberes puede quizás ser un *buen ejemplo*, pero no necesariamente un *digno ejemplo*, que es un calificativo de talla mayor. *Digno ejemplo* desborda lo común. Y, como calificamos a tanta gente de *digno ejemplo*, pues para el lector ya casi ninguno lo es.

Pregunto: ¿a quiénes de ustedes se les activan las papilas gustativas cuando leen *aromático grano* en un material periodístico referido al café? ¿Alguien siente deseos de tomarse un vaso guarapo cuando la letra impresa insiste hasta el cansancio en imponernos el giro *dulce gramínea* en alusión a la caña de azúcar? ¿Quién le concede ahora más importancia al agua, solo porque los periodistas nos referimos a ella como al *líquido vital*? ¿Acaso alguno de ustedes ha experimentado sudoraciones al posar la mirada sobre la frase *ingentes*

esfuerzos? ¿Cuántos no hemos criticado el eufemismo *larga y penosa enfermedad* con que hacen referencia las notas necrológicas a algo que se llama simple y llanamente cáncer?

Y así combativa demostración, éxito extraordinario, conducta íntegra, trabajador incansable, sentida demostración de duelo, impecable hoja de servicios, fervor patriótico, merecido homenaje, combativo acto, luctuosa ceremonia, cálidos elogios, sentido pésame, hazaña inigualable... Vale en primera instancia acuñar frases que rompan con la monotonía lingüística y contribuyan a darle color y variedad al idioma. Pero, ¿hasta cuándo vamos recurrir a su uso para describir siempre similares circunstancias? ¿Hasta cuando les vamos a dar voz para después, en un acto de cruel lengüicidio, condenarlos a la mudez semántico?

Un vicio consanguíneo con el lugar común es la adjetivación. “*Los adjetivos son las arrugas del estilo*”, ha dicho Saramago en un lúcido ensayo sobre el idioma. Cuando los insertamos sin razones justificadas, abruman y confunden. El buen periodismo se caracteriza por la parquedad en su uso, y solo apela a ellos para escoger los más concretos, simples, directos y definidores. ¿Por qué obligar a un sustantivo a viajar por texto y contexto del brazo de un adjetivo que no necesita o le viene grande? Si calificamos a cualquiera de excelso, fantástico, eminente, incomparable, ilustre, insigne, notable, magnífico..., ¿qué dejamos después para las personalidades de primera línea? Como dijo una colega en la página cultural del semanario *Trabajadores*, “... ¿qué le decimos entonces a Pavarotti?”

Las llamadas *muletillas* también se las traen. Son frases improductivas, inútiles que no le aportan absolutamente nada ni a las ideas desarrolladas en la cuartilla ni al discurso periodístico propiamente. Todos los que ejercemos la profesión hemos incurrido alguna que otra vez en su nefasto uso. Les pondré algunos ejemplos: *asimismo, en otro orden de cosas, por otra parte, ahora bien...* Pruebe a eliminarlas y advertirá, sorprendido, que la redacción adquiere más fuerza y más elegancia sin la presencia de semejantes rémoras. Debemos estar siempre alertas contra ellas, pues, a pesar de someterlas a vigilancia, suelen deslizarse muy fácilmente.

Pero existen mucho más que lugares comunes, adjetivación y muletillas en nuestras redacciones actuales. Otros vicios acechan y conquistan desde los teclados. Hay que eludir

la redacción ampulosa, tan pedante cuando la dicta una mala regulación de la autoestima. El auténtico estilo periodístico se pule no con extravagancias ni exhibicionismos, sino con mucho trabajo y con un conocimiento profundo del lenguaje, la gramática, la ortografía, la sintaxis, y el léxico. El periodista debe evitar expresarse de una forma excesivamente literaria o excesivamente coloquial y recurrir a un vocabulario variado pero comprensible para el lector. Toda utilización del lenguaje que dificulte este propósito resultará un fracaso.

En fin, quien aspire a tener lectores debe respetarlos, y eso solo se consigue cuando se pulimenta el estilo y se conciben textos aspirantes a modelos de limpieza, claridad, exactitud y elegancia en el uso del idioma. Al final, si no amamos nuestra lengua y no respetamos a los lectores, tampoco podemos exigirles que nos lean.

Sobre tal asunto me parecen magistrales estas palabras dichas por Gabriel García Márquez en su célebre artículo *El mejor oficio del mundo*: “*Nadie que no haya nacido para eso y esté dispuesto a vivir sólo para eso podría persistir en un oficio tan incomprensible y voraz, cuya obra se acaba después de cada noticia, como si fuera para siempre, pero que no concede un instante de paz mientras no vuelve a empezar con más ardor que nunca en el minuto siguiente.*”

DIATRIBA CONTRA LOS LUGARES COMUNES

Autor: Luis Sexto

Medio: Juventud Rebelde. La Habana, Cuba

REDACCIÓN Y ESTILO---- Encarecida y exigida por el ejercicio del periodismo, la claridad deriva hacia las oscuridades sintomáticas del vacío. Se ha extraviado entre los remos de los lugares comunes. Y a su transparencia estilística –requisito insoslayable de los textos informativos- le ocurre lo que a ese cuadro que, según una anécdota a mi parecer apócrifa, colgó el gran Leonardo en una plaza de Florencia con este letrero: “Todo el que le

encuentre un defecto que lo corrija.” Al atardecer, no había cuadro: solo una mancha de pintura.

Pongamos las cosas más en claro. El lugar común compone un recurso millonariamente visitado con el cual se resuelven todas las urgencias de la redacción. Equivale a las “letras de caja” que, cuando la tipografía se “paraba” en plomo y se imprimía directamente, resolvían las urgencias del cierre en el taller. Con ellas, habitualmente, los cajistas componían los titulares. Todo se reducía a abrir una o varias gavetas y seleccionar los tipos prefabricados.

Hoy, a pesar de la digitalización y el consiguiente desmedro de la máquina de escribir, el bolígrafo y el papel, uno no redacta mejor. Tal vez más rápidamente. Pero el oficio periodístico, el solitario acto de escribir una cuartilla clara, concisa e interesante, con cuatro o cinco datos básicos, consiste para ciertos profesionales en hilvanar frases de caja. Como si la claridad y la originalidad se repudiaran.

La guerra contra los lugares comunes no es reciente. Los tratadistas del estilo periodístico siempre han condenado el abuso del cliché. Contemporáneamente, Umberto Eco ha puesto su lucidez a meditar sobre la prensa. Y en Cinco escritos morales (Ed. Lumen, 2000) descubre que la prensa italiana ha evolucionado hacia un lenguaje críptico pretendiendo hacerse entender por la gente. El semiólogo italiano encargó a sus alumnos una encuesta para comprobarlo. Y “en un solo artículo del Corriere del 11 de enero de 1995”, la indagatoria contabilizó “la siguiente lista de frases hechas: ‘La esperanza es lo último que se pierde’, ‘Estamos en un callejón sin salida’, ‘Dini anuncia sangre, sudor y lágrimas’, ‘El presidente está en pie de guerra’, ‘Lo han hecho tarde, mal y nunca’, ‘Pannella pone el dedo en la llaga’, ‘El tiempo aprieta, ya no pueden doler prendas’, ‘Habremos perdido nuestra batalla’, ‘Estamos con el agua al cuello’.”

De acuerdo con Eco, en la República del 28 de diciembre de 1998 aparecieron otras: “Hay que nadar y guardar la ropa”, “Quien mucho abarca poco aprieta”, “De los amigos me salve Dios”, “Lo hecho, hecho está”, “Mala hierba nunca muere”, “Volvamos al buen camino”, “El índice de audiencia se ha desplomado”, “Perder el hijo del discurso”, “Abrir los ojos”,

“Sale malparado”... “No se trata de un periódico –apostilla el autor de El nombre de la rosa-, se trata de un refranero.”

Uno, recordando sus lecturas en periódicos cubanos, podría enriquecer la lista. Y así anotaría: “Se fundieron en un abrazo”, “Rendirán merecido homenaje”, “Las jornadas a pie de obra”, “Los parámetros de eficiencia”, “Ha demostrado con creces”, “Tocó a su puerta”, “La calidad requerida”, “Los retos que hay que enfrentar”, “El futuro luminoso”, “Un pasado que no volverá”, “Revolviéndose en su tumba”, “Una ventana al mundo”, “La dulce gramínea”, “El ultramarino pueblo de Regla”, “El más joven relevo”... Y mil más con parejo cansancio.

La claridad y la frase hecha sí suelen repelerse. El estereotipo, en primer término, acusa la carencia de originalidad y una sobredosis de facilismo, además de manifestar un menosprecio a las posibilidades estilísticas del enunciado periodístico. Desde el punto de vista de la claridad –condición dominante de lo periodístico- los lugares comunes tienden a diluir el significado de las palabras de modo que, en lo que intentaba ser claro, anochece. Existe una óptica vivencial, práctica, que establece que lo excesivamente exterior no se ve, es decir, lo más oculto es aquello que, estando a la vista, se confunde en el orden de la rutina visual. Y por ello la frase hecha, que presume de ser clara y comprensible para todos, tiende a perder expresividad, capacidad de sugerencia, hasta nulificarse en un código ocultista.

Veamos esto:

Los trabajadores de la Brigada 25 del Sindicato de Comercio y Gastronomía materializaron ayer un sueño largamente acariciado, cuando completaron en menos de quince días el millón de arrobas de la dulce gramínea, base de la economía cubana, y cuyos tallos serán convertido en azúcar con la calidad requerida, mediante el espíritu de vanguardia que hace a los azucareros del CAI Melanio Hernández enfrentar los retos de un futuro luminoso, como insomnes centinelas del bienestar del pueblo. Esta histórica victoria en la actual contienda repercutirá en los parámetros de eficiencia que tienen que distinguir a nuestra primera industria. Tras del arribo al millón, los trabajadores,

agrupados, cantaron las notas de nuestro Himno Nacional y luego todos se fundieron en un abrazo.

¿Qué dice? Todo y nada. Mucho y poco. El exceso de estereotipos, de automatismos estilísticos, lo convierte en un párrafo comprensiblemente vacío. Pretende decir algo, pero el encapsulamiento de las ideas en patrones archi utilizados deja un regusto de insustancialidad informativa. Ocultos permanecen, entre tanta evidencia inexpresiva, los valores más significativos de la noticia.

Dicho con rotundez: Así uno escribirá fácilmente. Pero mal.

Habrá que recordar, pues, que el periodismo es una formación abierta. Pluriestilística. Y su función de informar y comentar la actualidad, lo enyuga a la necesidad de solicitar empréstitos léxicos y tropológicos de otros estilos con el propósito de encontrar un lenguaje estándar, generalmente comprensible. Pero sus límites no implican limitaciones. Todo lo contrario. Su compromiso de construir enunciados, además de claros, interesantes, lo impele a pedir prestado a la función estética de la literatura. ¿Quién podrá defender que en la prensa solo importa lo que se dice y no el cómo se dice? Prensa aburrida, sin creatividad, poco influirá en los receptores. El equilibrio entre lo significativo y lo expresivo asegura, en cambio, la atención.

Permítanme resumir. Lo desmesuradamente claro, lo absolutamente comprensible, directo, a veces resulta empobrecedor. Uno ha de tener en cuenta que el pensamiento y su expresión lingüística –en particular la expresión periodística– parten de la acumulación histórica de la cultura, y una de cuyas premisas, según el decir de Horacio, es la claridad (hablamos y escribimos para ser entendidos). Pero también es primordial el enriquecimiento sensible de lo enunciado. Hablar o escribir con cincuenta palabras o cincuenta imágenes que todos comprendan, equivaldría a proscribir, con el tiempo, el pensamiento y la lengua. Y, sobre todo, la claridad.

Al final solo se oirá o se leerá una mancha de pintura.

SE COMPRA UN RABO DE CERDO

Autor: José Aurelio Paz

Medio: Periódico Invasor. Ciego de Ávila. Cuba

REDACCIÓN Y ESTILO---- Si no comienzo contándoles algo no me van a creer. Y lo peor es que se van a aburrir. ¿O acaso no me han invitado a hablarles en este taller de cómo contar una historia?

NACÍ en una casa mágica. Tan pronto teníamos un televisor o un tocadiscos como mismo, al amanecer, habían desaparecido como por arte de Birlibirloque. Mi padre no era un mago, sino un magnífico gastronómico y mejor jugador de Póquer. Las mañanas que él mismo se desaparecía mi mamá me tomaba de la mano y ya sabía yo, con mis diez años, que íbamos al Vivac a interesarnos por él.

Hasta ese momento nunca había visto un televisor. Como niño pobre nacido en los '50, solo recordaba la caja de zapatos recortada por mi madre, cuando tuve las paperas, a la que le pegaba, tras la tela, figurillas recortadas de papel que animaba, como sombras chinescas, con la luz de una vela.

De manera que el día que llegó aquel cajón mágico, gracias a un golpe de suerte de los juegos de azar, mi familia tomó rasgo de nobleza en el barrio. La hora de la telenovela de Palmolive convertía la sala en un estadio. Y la tanda de los muñequitos casi en un circo.

Mi madre, aunque tenía que limpiar la casa hasta tres veces al día, prefería compartir con la mayoría del vecindario sin televisor los destellos de aquel artefacto que comenzó a ser, para mí, como la maestra del Kindergarten, lo que hoy es el preescolar.

Una tarde en que mis padres recibían una visita y no se podía ver "los muñe", decidí probar lo que había aprendido de aquella "maestra" de patas finas y voz escandalosa. Tomé una

mesa y, sobre ella, puse otra mesita. Y sobre la mesita una silla. Y, sobre la silla, yo, solemne, con un paraguas desplegado bajo el alto varal del techo de mi casa. "Si Micky, el ratón, lograba lanzarse de altos edificios convirtiendo su sombrilla en paracaídas, por qué yo no.

La historia terminó en la Casa de Socorros de la localidad. Caí desparramado. Mis huesos sonaron como castañuelas. Y a un grito mío corrió hasta la visita. La placas no arrojaron fracturas, mas, desde entonces, mi rodilla izquierda me recuerda esta historia, de hace cuarenta y tantos años atrás, el día en que comencé a desconfiar, para toda la vida, de aquella caja mágica que pretendió ser mi maestra.

Me han pedido que dé una lección de cómo contar una historia en Periodismo. Tamaña barbaridad. Las lecciones son asignaturas y el verdadero periodismo se lleva en el corazón. Nadie enseña lo que nos pertenece por tradición, por generación espontánea de la literatura oral, aunque penosamente, en nuestro país, se haya casi perdido ese momento mágico en que, a punto de acostarnos, nuestros padres nos llenaban el mosquitero de maléficos dragones y princesas salvadas por valerosos mancebos que, no sé por qué, o sí sé, siempre eran rubios y de ojos azules. Ahora es el Play Station, o el video de Disney, el que hace de abuelita.

Y las primeras preguntas que quiero hacerles, para inquietarlos son: ¿Es que acaso el Periodismo tiene que, al final, sucumbir al placer de la fábula en cierta prostitución cómplice con la literatura?

¿Es que también estamos viviendo el temor que mantuvo en vilo a José Arcadio Buendía y a Úrsula Iguarán durante generaciones, cuando se unieron en matrimonio teniendo vínculos consanguíneos, hasta que a la familia le nació un hijo con cola de cerdo?

Lo primero que quiero decir es la perogrullada de que no hay Periodismo sin historia, aunque a veces nos parezca que a nuestra prensa le falta, precisamente, ese cromosoma; el de contar algo que interese, lejos de toda intención de propaganda política, en que muchas veces se difumina nuestro ejercicio del oficio, como retablo sonoro de la idea que queremos comunicar.

De manera que obviamos casi siempre un elemento clave de la literatura, pero que puede servir de mucho al Periodismo; la hipérbole como figura literaria, que destierre la línea recta del aburrimiento, por ser camino conocido, y se vaya por los trillos de contar algo hermoso, impactante, que nos haga creer una historia, quizás exagerada en su apariencia, pero viva, tejida en su esencia a puro hilo de sentimiento y humanidad.

¿Acaso nuestra Isla no es ese Macondo navegable y navegado donde muchas veces no se puede distinguir entre realidad e irrealidad, donde una visión desproporcionada de nosotros mismos ha estado signada por la condición de fortaleza sitiada en que hemos vivido por más de 40 años, lo cual casi nos ha convertido en un territorio mágico, como el espacio ficcional de García Márquez? Aquí cualquier cosa puede suceder. Aquí lo maravilloso convive con lo cotidiano y, muchas veces, lo cotidiano le destierra. Un lenguaje evocador y preciso nos sofoca, nos hace emplear palabras laudatorias para expresar una idea que, en la mayoría de los casos, vale por sí misma.

No es cuestión de colocarnos a la par de la "industria periodística del siglo XXI", globalizante y globalizada, en la cual las historias se atornillan a pura rosca para defender las mentiras de los poderes hegemónicos.

Si no ser como la estirpe de los griots, aquellos ancianos venerables que contaban las mágicas aventuras de Las mil y una noches en los zocos marroquíes, convirtiendo algo real en mágico por el toque de encanto con que se narraban las increíbles historias de princesas y palacios.

Hecho este preámbulo, vayamos a lo que se supone debe ser mi fórmula para ustedes, la cual, aclaro, no parte de ninguna otra aula que no sea la experiencia de luchar, cada mañana, contra lo que yo llamo oficio del marrano, esa pretensión de hacer Periodismo y que muchas veces se nos queda en el acto mismo de ensuciar la hoja de papel.

PRIMERO

Una historia cualquiera, por muy bien contada que esté, no agarra al lector por el cuello si carece de un título sugerente, a veces poético, a veces tramposo, en el mejor sentido del término, que se erija como preámbulo de la fiesta de lectura que debe anunciar. Ciertamente es que, signados en ocasiones por la premura del cierre y otras por el facilismo o los esquemas, tomamos al vuelo cualquier frase, y se la ponemos de sombrero, sin establecer una seria relación que nos resuma oficio e imaginación.

Sin dudas, un periodista no es solo alguien que traslada un pedazo de realidad al papel, al sonido o a la imagen. Tiene que ser también un creador, un artista en el arte de saber engarzar las palabras para que encanten; es decir, para comunicar algo.

De modo que un buen título ha de ser premisa de una buena historia contada con creatividad.

SEGUNDO

Si la historia tiene conexiones con el ser humano que la cuenta será doblemente impactante y, por ende, creíble. No es lo mismo hablar de una guerra desde detrás de un teléfono o una pantalla de televisión, que desde el propio escenario de los hechos.

¿Por qué, entonces, ese temor a partir de lo más cercano que tenemos, como experiencia personal, y que muchas veces desperdiciamos? ¿Ese yo que, finalmente, se convierte en un nosotros mejorado? Un periodista de verdad tiene que aprender a hacer, como el actor, un desnudo público. Solo que si el primero es corporal, este es un strip-tease del espíritu en busca de una empatía, no solo visual sino, además, comunicativa de esencias.

Uno de los males distintivos del periodismo del Siglo XX, según señala el Máster brasilero en Comunicación Social José Marques de Melo, fue el menosprecio atribuido al protagonismo de los individuos en la construcción de la Historia. Debido a que "Las metodologías hegemónicas privilegiaron el papel sociopolítico de las estructuras, de las

instituciones o de las masas. Como si estas no fuesen accionadas por personalidades dotadas de carisma o fuerza persuasiva. Correspondió siempre a tales liderazgos impulsar revoluciones o conducir procesos de cambios radicales". (De biógrafos a biografiados: periodistas en la historia. José Marques de Melo, Internet).

Y señala que el círculo vicioso fue roto parcialmente por la acción de intrépidos periodistas que construyeron, a la hora de biografar personalidades, emocionantes historias de individuos que, al final, dejaron una visión de la sociedad misma donde se desarrollaron estos.

Filón que, rápidamente, fuera aprovechado por los historiadores en círculos académicos, para reconstruir el tiempo histórico de una manera menos almidonada, más desinhibida y más asequible a las grandes masas de lectores.

Está el caso de Joao do Rio, el llamado "reportero maldito", quien enfrentó a las élites nacionales de principios del siglo XX al introducir la cotidianidad de las clases populares en reportajes brillantemente publicados en la prensa de la época. O de Euclides da Cunha, quien fue el primero en revelar, en su obra Los Sertones, no solo las atrocidades cometidas por quienes se suponían grandes héroes de guerra, sino también la verdadera realidad del interior brasileño, sumido en la miseria y el atraso.

Pienso que el periodista es un ser humano como otro cualquiera, cocido a base de historias contradictorias, de experiencias similares a las de cualquier mortal. Luego entonces, en tanto soy capaz de descubrirme a los demás, con mis imperfecciones y mis entuertos, la gente comienza a creer en mí más allá de supuestas cofradías libres de yerros.

De manera que la conexión psicológica entre el que cuenta la historia y el que la recibe tiene que darse en un contexto de identificación o de rechazo del problema, que termine en una especie de exorcismo espiritual y humano que nos mejore.

TERCERO

Lo que yo denominaría como la dramaturgia de la palabra. Eso a lo que tanto le tememos, a veces por facilismo y otras por incapacidad, y que no podemos obviar si de narrar de modo subyugante se trata. El periodista que cuenta tiene que leer varias veces, en voz alta, para escucharse a sí mismo en la cadencia de las frases, los puntos y las comas. En decidir si primero va el adjetivo y luego el vocablo o viceversa, en la búsqueda de una sonoridad que apunte a un estilo.

Es como esa pieza musical que está escrita en un mismo pentagrama, pero que, luego, cada artista la toca a su manera, según su aire y esa sensibilidad propia que le distingue de las demás interpretaciones.

Comenta el narrador y dramaturgo argentino Abelardo Castillo que no es lo mismo decir "ahí está la ventana" que "la ventana está ahí". En el primer caso se prestigia el espacio, en el otro se privilegia el objeto. De modo que en toda sintaxis hay una interpretación del mundo donde se produce la historia.

En mi opinión la primera frase es definitoria a la hora de atrapar la atención del lector. Creo que todo el mundo que haya leído Cien Años de Soledad, de García Márquez, está apto para recitar, casi de memoria, la frase con que inaugura su novela: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo."

Nótese que aquí el hielo, a partir de la sintaxis, acoge la connotación de paisaje, de lo inaudito, de lo fantástico, de lo nunca visto.

Y, para ello, han de tenerse presente los elementos que el propio Nóbel de Literatura señalara en una charla a los alumnos de la Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de Los Baños, como elementos fundamentales a la hora de contar una historia:

-Sorprender el momento exacto en que surge una idea, como el cazador que descubre de pronto, en la mirilla de su fusil, el instante preciso en que salta la liebre. Es decir, escribir la imagen de lo que se quiere contar en el momento exacto en que se visualiza. Y eso habla un

poco de la inspiración inherente a todo acto creativo y, por ende, al Periodismo también.

-Anotar hasta los disparates que se nos ocurran y tenerles en cuenta porque, a veces, con un simple giro lingüístico, dan paso a soluciones muy imaginativas de problemas que laten en la sociedad. Aquí el Gabo habla de agilidad en las acciones y de creer que todo puede sernos útil, siempre que pase por el tamiz del talento.

-Continuar alimentando la manía de contar, que todos padecemos en mayor o menor grado.

Y aquí, finalmente, quiero detenerme. En la vida cotidiana, personal de cada uno de nosotros, somos unos tremendos cuentistas sin llegar, en algunos casos, a vivir del cuento. El cubano puede levantarse sin café o hacerse un acordeón mal oliente en un "camello" hacia el trabajo, pero Pepito, esa especie de conciencia ciudadana entre el choteo y su base de realidad, no puede faltarnos. Podemos afirmar que somos dados a las historias contadas, de boca en boca, por raíz.

Entonces, ¿por qué privar a nuestro periodismo de ese bendito encantamiento que viene con lo cotidiano? ¿Por qué construir desde la prensa una realidad de cartón que, en ocasiones, se derrumba ante otra, compleja, diversa, contradictoria y rica en matices?

No son estas palabras un llamado a fabricar mentiras por la mentira misma de ser leídos con interés. El asunto es medular. Es cuestión de hacer más potable nuestra rica realidad a partir de esos destellos, casi ininteligibles, que solo el corazón puede transformar en luz para mover los resortes de la vida toda.

La prensa no está para edulcorar o travestir esa realidad. La credibilidad no está en el canto laudatorio o en la crítica de abordaje piratesco, sino en ser nosotros mismos, como misma es nuestra nación; compleja y unida sin llegar a tocar las falsas trompetas de lo unánime que, al final, anuncian un cielo sin asidero al paisaje.

La Patria está en nosotros. El compromiso también, de modo que no es necesario estar acentuándolo constantemente en una prensa a veces cargante, a veces aburrida, que no hurga, como debiera ser, en el diapasón sonoro de la sinfonía que somos y que fuera anunciada, mucho antes, por el propio Don Fernando Ortiz cuando nos comparó con el

oloroso plato, casi prohibitivo ahora, por el precio de las viandas, en los mercados agropecuarios.

No le temamos al nacimiento de la cola de cerdo. En definitiva, seremos nosotros mismos, sin perder nuestra esencia, con algo diferente, en la búsqueda de un oficio más ameno, más profundo, más comprometido, más martiano, como nos enseñó, sin quererlo ni pretenderlo, el Apóstol de Cuba.

Antes de escribir siquiera la primera línea y pretender hacer periodismo, pensemos en lo que Pablo Milanés dijo, magistralmente, desde una de sus antológicas canciones: "Muchas veces te dije que antes de hacerlo/ había que pensarlo muy bien/ que a esta unión de nosotros/ le hacía falta carne.

EL DOBLE FILO DEL ADJETIVO

Autor: Luis Sexto

Medio: Juventud Rebelde. La Habana, Cuba

REDACCIÓN Y ESTILO---- Una anécdota facilita introducirme en el tema. Cierta noche miraba el Noticiero Nacional de Televisión -que así se llama desde hace 40 años lo que en puridad es un noticiario- cuando escuché al reportero referirse a “un fructífero proceso” de no importa ahora qué cosa. Y de improviso tuve la revelación gráfica, audible, en fin, real, de cuanto uno oye o lee en cátedras académicas o bibliográficas sobre el adjetivo y su papel técnico y estilístico.

Recibí, así, pues la inspiración de incoar una causa sumaria al por momentos estéril, redundante o adulterador adjetivo. Ideas y principios gramaticales sobran, de modo que nada sorprendente podré yo allegar. Por tanto, mi análisis no se concentrará en la gramática, más bien en la técnica y el estilo. El adjetivo, lo sabemos, es una parte de la oración. Existe en nuestra y en otras lenguas con una función muy específica: califica o determina al sustantivo mediante una subordinación de índole descriptiva, numérica, ordinal, extensiva. Por ello, no hay que huirle, temerle a ultranza, como al gerundio cuya

mala fama ya sugiere que es una forma verbal bastarda en el castellano. ¡Tanto se lo esquiva! Pero hay que advertir que lo que se ha de evitar es el gerundio mal usado, porque el correcto es propio y necesario en el esquema de la expresión Y, por analogía, se ha de sortear el adjetivo inoportuno, gratuito, convertido en epíteto, esto es, innecesario, exangüe, sin vigor.

Los tratadistas del estilo y también estilistas reconocidos -Azorín entre otros- recomiendan emplear con sobriedad el adjetivo: donde hay uno no hacen falta dos. Está bien. Pero a mi parecer, sobran e implican un riesgo estilístico, sobre todo, los adjetivos que componen fórmulas como hierba verde, cielo azul, gran escritor, fiel guardián, amigo leal, y otros del mismo corte que acompañan redundantemente a un sustantivo cuya naturaleza semántica porta la cualidad que le quieren adjuntar. El litigio no es con el adjetivo. Es decididamente con su pobreza, su presencia artificiosa, su uso automático. Conozco escritores que lo mejor de su estilo radica en el uso de cadenas de adjetivos, deslumbrantes por singulares y útiles.

Ahora bien, el periodismo mantiene aprensiones contra el adjetivo también por razones técnicas. La nota informativa, por su esencia objetiva, impersonal, exige la ausencia de ciertos adjetivos, en particular aquellos que implican una opinión atribuibles al periodista. Ese es el problema de la información mencionada al principio de esta página. ¿Cómo puede el reportero calificar de fructífero un proceso: lo conoce tan profundamente para ello; resulta además imprescindible calificarlo? Podrá ser fructífero, no lo dudo. Pero a la nota informativa más que calificar le corresponde informar. Habrá que valorar al comentar lo que pasa, no al contar lo que pasa. De cualquier forma, si fuera imprescindible el calificativo, lo técnicamente procedente sería reproducirlo en palabras de una fuente, de una voz autorizada por su dominio o sus vínculos del universo interior de la información, para salvar al reportero de una inclusión perturbadora. Lo que al periodista compete, en este ejemplo, es demostrar con los datos “lo fructífero del proceso”. La acumulación y jerarquización de hechos, cifras y opiniones ajenas logran la credibilidad del enunciado.

En medio de una evolución técnica que tiende mundialmente a mezclar los géneros, a los periodistas nos corresponde mezclar solo lo mezclable. Pero la nota informativa, esto es, la noticia, ha de permanecer pura, incontaminada., sobre todo de opinión. Algún colega

argüirá que en un periódico, un medio cualquiera, todo es opinión. Y es cierto, pero no toda opinión se expresa de igual forma, ni con los mismos ingredientes. Desde su ubicación en la plana, su extensión, hasta los verbos y adverbios y adjetivos puede opinarse en la nota informativa, pero sabía, subliminalmente. Como indica Alex Grijelmo en su *Estilo del periodista*, un discurso, por ejemplo, se valora en la nota informativa utilizando verbos que maten la expresión. No solo el personaje “aseguró, aseveró, dijo, añadió, declaró, apuntó”, sino “espetó, resaltó, anticipó, lamentó, bromeó, ironizó, precisó, enfatizó.” Con estas fórmulas sustituimos valoraciones explícitas como fue “un discurso ingenioso, atrevido, chistoso”, que implican el ejercicio crítico de un reportero que solo reporta, informa de un hecho. Los adverbios, adjetivos del verbo, sea dicho de paso, traicionan también al reportero apremiado por el tiempo u olvidado de su función. Proscrita ha de ser la tendencia a decir que “el ministro habló largamente y machaconamente”. Lo cual equivaldría a “largo y machacón discurso”. Quizás, como aconsejaría el dominio de la técnica y el estilo periodísticos, ese enunciado se expresaría de manera más visiblemente objetiva con recursos que calificaran sin calificar. Digamos: “Durante su discurso de más de una hora, el ministro repitió varias veces que el comercio bilateral con Canadá se desarrolla fructíferamente”.

En resumen, adjetivos en operación descriptiva pueden resultar atinados: “La carretera, recta y plana en la mayor parte de su longitud, necesitó la inversión de 20 millones de dólares.” Pero hemos, en apego a las exigencias de la nota informativa, suprimir los que valoran a un personaje, un fenómeno o un hecho. Porque la noticia no es palabrería. Y el abuso del adjetivo calificando todo de histórico, trascendental, único, o de sus opuestos, invalida la eficacia de la información.

Un dato vale por mil adjetivos.

LOS DETALLES DE UN CUENTO

Autor: Luis Raúl Vázquez Muñoz

Medio: Juventud Rebelde. La Habana, Cuba

REDACCIÓN Y ESTILO---- El viejo editor del Kansas City Star, Pete Willington, le recomendaba a Ernest Hemingway en 1917: escriba frases claras y con naturalidad. No use dos palabras cuando pueda emplear una. No pierda de vista la fluidez. Elimine todos los adjetivos que carezcan de un significado concreto. Use un inglés vigoroso.

Junto con el viejo Willington, el joven Hemingway tuvo que chocar en la redacción del periódico con Lionel Calhoun Moise, un periodista de 30 años de edad, dispuesto siempre a formar una bronca en cualquier esquina o a seducir a la primera mujer que le hiciera un guiño.

Moise le puso el toque final a la etapa de aprendizaje del futuro escritor. En cualquier lugar donde pudiera ser atrapado, el veterano reportero le encendía las mejillas al mocetón imberbe que lo buscaba con ansiedad por cualquier escondrijo del edificio.

“Escriba sin trucos, Hemingway”, mascullaba Moise. “Deje esas tonterías del flujo de conciencia, o las de simular ser un observador obtuso en un párrafo para convertirse después en Dios Todopoderoso en el siguiente”. Y luego le repetía agitando la cuartilla de papel: “Escriba sin trucos; escuchó usted bien: sin trucos”.

Años más tarde, en La Habana, Hemingway le confesó al periodista George Plimpton que las reglas aprendidas en el Star eran las mejores normas sobre el arte de escribir que él había conocido en su vida.

Concretamente, dijo: “En el Star uno estaba obligado a escribir una oración afirmativa sencilla”. Y aseveraba: “Eso es útil para cualquiera”.

Las reglas aprendidas por el autor de *Los Asesinos* se convirtieron en una especie de reglas de oro con el paso del tiempo, a la vez que es difícil encontrarse a un redactor que no las conozca. Para muchos, ya es algo obvio — incluso, hasta aburrido — escuchar esos consejos.

Sin embargo, esas reglas pierden su carácter de obviedad, cuando se hojea *Las Nieves del Kilimanjaro* y nos detenemos en las viñetas que acompañan una buena parte de los cuentos publicados en el volumen.

Impresiona ver cómo se pueden escribir escenas tan horribles y amargas con tanta economía de palabras. La mayoría de las oraciones no sobrepasan las 20 palabras. Sus estructuras son simples (sujeto, verbo y predicado); pero demasiado fuertes para ser desdeñadas.

Pero no es ese el mérito mayor de las viñetas. Una de sus trascendencias radica en el hecho de haber reflejado la vida en papel en sus detalles más esenciales, los necesarios, aquellos que pueden brindar la dimensión de lo que ocurrió.

En otras palabras: Hemingway hizo literatura y, a la vez, periodismo.

Por su parte, a Gabriel García Márquez le preguntaron en cierta ocasión, a raíz de publicarse su libro-reportaje *Noticias de un secuestro*, cómo podía equilibrar el oficio de escritor con su vocación de periodista. El Gabo respondió que para él esa cuestión no significaba un problema. Su oficio, dijo, era contar historias y el reportaje es un género narrativo con base en la realidad. Una vez más el autor de *Cien Años de Soledad* dejaba en claro uno de sus principios creativos: para él, hacer periodismo, implicaba también hacer literatura.

Este es un principio muy discutido. (Y es bueno que lo sea). Pero para los que están a su favor, llevarlo a la práctica implica — primero que nada — poner por delante todo el rigor y la capacidad comunicativa en el lenguaje escrito, junto a su poder de observación y el conocimiento que el periodista tenga de la vida.

Junto con la noticia, el punto de partida del periodismo es la persona. Búsquese por todos lados y al final, justo en el momento de preparar la información, siempre nos encontraremos con el protagonista de la noticia, con los testigos, con su subjetividad y también con la del que escribe.

Por eso es importante vivir el hecho noticioso. Conocer cómo hablan las personas, de qué modo se ríen, cuáles son sueños... y cuando reflejemos todo esto de la mejor manera posible, ya estaremos plasmando a la vida en un intento por hacer buen periodismo; lo que deriva, irremediablemente, en un ejercicio narrativo en función de informar.

El entrevistado o la persona que habla o actúa en un reportaje, ya no son individuos como tal. Son personajes. Esto significa que ellos tienen que nacer nuevamente, pero en la hoja de papel. Ellos tienen su personalidad en el mundo real, mas no en la letra escrita. Y para creárselos, se debe perseguir un objetivo: que sean personajes creíbles y que el lector, cuando lea, sienta y diga: “Esto es verdad, este tipo de persona existe, yo la conozco, ella es así realmente”.

Algunas veces no hace falta una descripción detallada. Un gesto y hasta los objetos que hay en un lugar, pueden brindar detalles acerca de la persona y el momento que se vive.

Ese era uno de los recursos que utilizaba Pablo de la Torriente Brau. En una entrevista hecha a un dirigente de la República Española, Pablo logró el retrato del individuo y de los tiempos históricos que corrían en España mediante la comparación de las piezas y el orden que existía en el despacho, en el momento del encuentro, con el mundo existente en aquel recinto cuando este pertenecía a un ministro del gobierno burgués.

Pablo decía que, donde antes estaba el busto de Alfonso XIII, ahora existía un mapa con la situación del frente de guerra, que el pisapapeles de la lujosa mesa había sido reemplazado por un revólver y que en la silla donde antes se sentaba el acartonado ministro con su traje y corbata, ahora estaba sentado el dirigente español con un overol mecánico.

Buscar la humanidad de las personas es esencial. En el prólogo de su libro *Entrevista con la historia*, Orianna Fallacci confesó que ella se acercó a cada una de las grandes personalidades que entrevistó con una pregunta en común: ¿en qué se diferenciaban de nosotros? A la Fallacci le interesaba conocer qué tenían esas personas para poder sobresalir por encima de sus contemporáneos y poder cambiar el rumbo de la historia, al tiempo que influían en la vida de millones de personas.

Esa es una buena pregunta para tratar de encontrar la singularidad de cada individuo y, también, lo que lo hace semejante a nosotros.

Al público no le interesa tanto conocer que un jinetera se sienta bien en un centro de reorientación. Lo novedoso podría estar en las cuestiones que se hace sobre su pasado y su presente — si es que se los hace —, la manera en que concibe el futuro, sus modos de vivir, sus códigos de honor y quizás hasta las posiciones sexuales que más le gustaban a sus clientes, no para exaltar el morbo sino para conocer el mundo sórdido en el que se tenían que mover.

La gente quiere ver reflejada la vida cuando lee un buen trabajo periodístico. Y la vida de un ser humano no es algo ordenado. La vida de una persona es un manojo de recuerdos, de éxitos y fracasos, y también de dudas. Eso hay que tenerlo en cuenta, como mismo se debe tener presente que en la existencia de un hombre o de una mujer, las cosas no caen del cielo y que para lograr hay que trabajar bien duro.

Si no se intenta buscar estas complejidades, corremos el peligro de caer en la banalidad.

El tema hay que cuidarlo. Si sentimos que la historia no está madura, es mejor ni sentarse a escribir. Si ya es una obligación imperiosa, entonces hay que tratar de contarla de la mejor manera posible. Puede que, al final, a uno le guste como quedó; pero al menos se tendrá la conciencia tranquila de que se hizo lo mejor que se pudo.

Hay que pensar la historia. Si no la pensamos, no se podrá establecer la comunicación con el tema y, en consecuencia, no surgirá la inspiración.

La capacidad de investigación es otro elemento importante. Algunas veces nos rompemos la cabeza en la búsqueda de un gancho para el trabajo antes de haber iniciado la investigación. O simplemente nos preguntamos cuál será la primera oración que se deberá escribir. Sin embargo, cuando se ha investigado, todas estas preocupaciones dejan de convertirse en una tortura; porque, simplemente, lo que se busca brota en nuestras mentes.

Hay que olvidarse de los géneros periodísticos. Esa clasificación solo sirve para orientarse a la hora de elaborar la información y para buscarle un poco de trabajo a los que no conocen nada y se piensan que se lo saben todo. Olvídense de todas esas clasificaciones a la hora de escribir. Escriba y hágalo con libertad. Después se verá si es un reportaje, una entrevista o alguna otra cosa. Es mejor tener la duda sobre qué fue lo que escribí, a tener la certeza de que se escribió muy mal o no se puso el corazón como había que ponerlo.

Ojo cuando habla de política. En esos temas, a semejanzas de los que se relacionan con el amor, se corre el riesgo de caer con mucha facilidad en el ridículo. Además, a la gente no le gusta que le sermoneen sobre política. Engels ya lo advertía. También Lenin cuando recomendaba a los redactores de Pravda que no escribieran tanta hojarasca y se concretaran en hechos puntuales pues así era más fácil convencer.

Escriba para el público y no para caerle bien a un funcionario. A la hora de escribir, uno tiene que ser honesto consigo mismo y debe poseer la suficiente humildad para reconocer si lo que hizo estuvo mal o pudo estar mejor. Solo con capacidad autocrítica, se podrán tener todas las credenciales para intentar hacer algo mejor en el duro oficio del periodismo.

SENCILLO ES MEJOR

Autor: Manuel González Bello

Medio: Juventud Rebelde. La Habana, Cuba

REDACCIÓN Y ESTILO---- Es muy fácil. Y sumamente difícil. Escribir con sencillez es una ley imprescindible del periodismo. Y sencillez no quiere decir simpleza. Lo dijo alguien: escribir de una manera que el lector pueda decir: eso lo escribe cualquiera.

Lo primero es cumplir las normas de la gramática, que no existen sólo para aprobar o desaprobar exámenes, sino sobre todo para ayudarnos en la comunicación. Sujeto, verbo y predicado; esa es la base de todo. En español, un verbo fuera de lugar puede enredar la lectura; un sujeto colocado en una posición extraña, la hace insoportable.

El lector espera mensajes, información, señales, lectura para disfrutar. No nos exige que demos nuestra cultura. Escribamos las palabras más conocidas, las que estén al alcance del común de los lectores. Es mejor Juan entró a su casa que Juan entró a su hogar.

Cuidado con esas oraciones largas donde el sujeto se pierde, alerta con esos párrafos con muchas oraciones. Aprendamos de Azorín, de sus enseñanzas, y escapemos del influjo de sus textos, canciones a veces por ser excesivamente fiel a su credo estilístico.

Es preciso que seamos originales, pero la originalidad tiene su mejor soporte en la sencillez. Nadie puede proponerse ser original. Se es o no se es original. Por el camino de la búsqueda de la originalidad se puede llegar al ridículo.

No podemos vestir de etiqueta al jugador de fútbol. Esto quiere decir que lo importante en una información es la información misma, escrita con respeto a leyes muy viejas, tan viejas que parecen nuevas.

Si la noticia es que finalizó la cosecha de café, no hay otra manera de decirlo: La cosecha de café finalizó ayer en Matanzas... No hay que referirse a la historia del café, ni llamar al grano por otro nombre supuestamente poético, ni buscar artificio alguno. No hay que sentir vergüenza de redactar sobre temas aparentemente menores.

No hay que rebuscar, porque rebuscar oscurece.

La sencillez viene del conocimiento de la técnica, de la cultura, del dominio de las estructuras gramaticales. Pero hay algo determinante, decisivo, que es el estado de ánimo, la claridad de las ideas en la mente del que escribe, el despeje mental del redactor.

Una cabeza con ideas confusas, redactará frases confusas; una mente enmarañada, escribirá textos enmarañados. Necesitamos tener la mente sana, sin preocupaciones feas, limpia, para que los párrafos salgan limpios, claros, sencillos.

Parece tal vez contradictorio, pero es el estilo sencillo el que se impone en la prensa mundial. Sencillez y belleza han de ir juntas. El estilo nace, y también se crea. Imitar es bueno, afirma el maestro mexicano Manuel Buendía. Pero hay que estar alertas: saber qué ejemplo imitamos.

Hay que leer, hay que estudiar. No hay otro camino. Y proponerse metas superiores. Escribir mejor que Eduardo Galeano, que García Márquez, que Onelio Jorge Cardoso, que John Reed.

Y revisar cada línea, cada palabra. Pensar que cada información debe ser una obra maestra. La prisa muchas veces constituye un mito. Siempre, siempre, siempre, hay tiempo para revisar, para mejorar, para hacer una información más eficaz, bella y clara.

PROPONGO PREPOSICIONES

Autor: Lourdes Suárez

Medio: Profesora de Comunicación Social. Universidad de Morón. Argentina

REDACCIÓN Y ESTILO---- Mucho gusto de saludarlos, queridos hermanos latinoamericanos ¿no notan nada raro en lo que acaban de leer? Felicito a los que se dieron cuenta y les comento a los demás que en este caso hubiésemos tenido que usar la preposición EN y no DE (Mucho gusto en saludarlos). La verdad sea dicha, este error no es de los graves. El mal uso de las benditas preposiciones es un tema para tomarlo con seriedad, y más, teniendo en cuenta que el español es una lengua prepositiva por excelencia. Si quieren comprobarlo sólo tienen que leer unas pocas líneas o mantener un pequeño diálogo y se van a sorprender.

Es muy común escuchar a profesionales de los medios decir “de acuerdo a...”, desconociendo que es considerado un anglicismo (*according to*), por lo que debemos usar “de acuerdo con”. Y como éste existen cientos de ejemplos.

Volvamos a las preposiciones a la mayor brevedad ¿les gustaría? Lamento decirles que los engañé de nuevo, porque debería haber escrito CON la mayor brevedad.

Ahora ustedes se preguntarán ¿y cómo nos damos cuenta de que las estamos usando mal o que, directamente, prescindimos de ellas en algunos casos?

Un buen método es reconocer las palabras (en su mayoría, verbos y adjetivos) que exigen ciertas preposiciones; es el llamado régimen o extensión preposicional. A saber: carecer *de*, aficionado *a*, adolecer *de*, adicto *a*, ingresar *en*, discrepar *de*, y muchas más. Por supuesto, existen términos que admiten más de una proposición, como por ejemplo: arrojarse *al* mar / *a* una persona / *a* las llamas / *a* batallar / *con* el enemigo/ *contra* el delincuente / *de* la ventana / *de* la azotea / *desde* el quinto piso / *en* el río / *por* el balcón / *sobre* el animal.

Quiero hacer referencia a un verbo especial; se trata de requerir. El régimen preposicional es requerir *de* (Requiere *de* amores a María). Solamente en esta oración, requerir exige la preposición *de*. Es incorrecta su utilización en todos los otros casos (Requieren ayuda de inmediato).

¿De dónde vendrán estos usos erróneos de las preposiciones? No lo podemos definir con exactitud. Lo que sí sabemos es que cuando los malos usos se instalan en el vocabulario de la sociedad es tarea difícil, por no decir imposible, erradicarlos. Esto es tan real que cuando uno quiere decir o escribir de manera correcta, recibe del otro lado ojos de desconfianza o caras de espanto. Sin ir más lejos, un día fui a la farmacia y pedí a la empleada “me da por favor un champú contra los piojos”. Por supuesto que me lo dio, pero se quedó pensando por qué usé *contra*, y no, *para* los piojos. Idéntico ejemplo es “veneno *conta* las ratas” y jarabe *contra* la tos”. Les propongo que se animen y hagan la prueba. Les prometo que van a llamar la atención de más de uno.

No quiero olvidarme de los queridos *en torno a* y *en torno de*. La primera locución tiene el significado de ‘alrededor de’ (Corría *en torno a* la plaza); ‘acerca de’ (Escribió un ensayo *en torno a* la obra de Gabriel García Márquez). En la segunda, *en torno de* denota ‘alrededor de’ (Corría *en torno de* la plaza). Lo que no podemos decir es *Escribió un ensayo en torno de la obra de Gabriel García Márquez*. Esto quiere decir que sólo son locuciones sinónimas cuando tienen el significado de ‘alrededor de’. A no confundirse.

Lo que se intenta con esta reseña es acercarlos a un tema que, en general, no es muy trabajado ni por los docentes ni por los profesionales de los medios, que usan las preposiciones de manera indiscriminada.

Es muy saludable para nuestra lengua que reflexionemos sobre ella, que de vez en cuando seamos curiosos, que nos preguntemos ¿lo estoy diciendo bien? o ¿esto se escribe así? Tratemos entre todos de revalorarla, de jerarquizarla. Quizá la tarea de corregir nuestros escritos con el corrector que nos ofrece la computadora, hizo que dejáramos un poco de lado esa tarea de revisar y de dudar acerca de usos incorrectos de signos de puntuación, de faltas de ortografía, errores de acentuación, etc.

Hagamos el ejercicio, por un día, de desactivarlo ¿podremos hacerlo fácilmente, o nos costará? Si sucediera lo último, entonces, estaríamos frente a una nueva adicción de las tantas que surgieron en estos tiempos modernos: los adictos a la revisión gramatical de la computadora.